

7º. Ascensión. Año A

Lectio divina sobre Mt 28, 16-20

La escena, que cierra el evangelio, narra la aparición de Jesús a sus discípulos: el monte en Galilea, campo de misión, es el lugar de su última instrucción del Resucitado; el poder nuevo que Jesús ha recibido, lo ejercita, en primer lugar, enviando al mundo a los suyos con una precisa misión: bautizar a los que crean y enseñar el cumplimiento de su voluntad. Quienes se saben destinados a llegar hasta el confín de su mundo con esa doble tarea, ni un solo día quedarán desasistidos por su Señor Resucitado. Nace así una comunidad de discípulos que tendrá que llenar sus días de obediencia, cumpliendo la última voluntad de su Señor: el obediente que enseña obediencia cuenta con la asistencia permanente de su Señor. Aunque el Señor los haya dejado en el mundo, no los ha dejado sin quehacer ni viático: la enseñanza de cuanto les enseñó Jesús, sin más fronteras que respetar que el límite del mundo, les asegura la permanente presencia del Resucitado.

En aquel tiempo, ¹⁶los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado.

¹⁷Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. ¹⁸Acercándose a ellos, Jesús les dijo:

-«Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra.

¹⁹Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; ²⁰y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.

Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Mateo finaliza su evangelio de forma solemne: el Resucitado es quien, enviando a sus discípulos al mundo, crea la misión universal y con ello la iglesia. Tras la pascua, la comunidad de discípulos no queda ociosa, tiene el mundo como destino. Siendo la crónica de este 'nacimiento' tan breve, los detalles se vuelven más significativos.

Antes de recibir los pueblos como tarea, los discípulos deben ir a Galilea. Donde la misión de Jesús empezó, debe iniciar la de sus enviados. Y serán enviados, porque han sido antes obedientes: han ido donde se les indicó, precisamente al monte. Como Moisés un día, Jesús reúne al nuevo pueblo – todos, los once, misioneros – para darles una ley, el evangelio. Y por estar donde se les ha ordenado, lo verán y reconocerán de inmediato. Por ser obedientes, se les disipan antiguas las dudas y adoran a quien poco antes no creían resucitado.

Adorado, Jesús se acerca a ellos. Pero ya no como maestro conocido, sino como adorable Señor. El Resucitado, consciente de su autoridad, se les muestra soberano. No pierde tiempo en confortarlos, da órdenes, pues tiene – y la ejerce enviándoles – toda autoridad sobre todo lo creado. La primitiva convicción cristiana de que, habiendo resucitado, Jesús ha sido hecho señor universal está aquí puesta en boca del mismo Cristo. La misión apostólica resulta ser así ejercicio de ese poder recibido: el mandato, de obligado cumplimiento, está finalizado en hacer del mundo una 'escuela' cristiana (*id y haced*, son imperativos); al mandato va ligada la confirmación: se quedará con ellos siempre. Mientras ellos estén haciendo discípulos por el mundo, Él estará con ellos. De su obediencia depende que los acompañe siempre. Jesús no sólo les dice que vayan al mundo y lo conviertan en discípulo, también les prescribe cómo deben realizarlo: bautizándoles en nombre del Dios Trino y enseñándoles a obedecerle en todo. A la comunidad de misioneros no le va a ser gratis tener siempre consigo a su Señor: tendrán que ir al mundo y hacerle aprender a obedecer.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Por extraño que nos parezca, el evangelio nos habla de la ausencia de Jesús de nuestro mundo. Si algo significa la ascensión del Señor al cielo es, en efecto, su abandono de esta tierra y la separación de cuantos, habiéndole seguido, se quedaron en ella, plantados, mirando al cielo.

Que la desaparición física de Jesús sea motivo de fiesta debe hacernos reflexionar: tenemos que preguntarnos qué poderosas razones habrán llevado a la comunidad cristiana para convertir nuestra actual orfandad de Jesús en causa de alegría y centro de nuestra celebración. ¿Qué hay de agradable en saberse solos en un mundo donde cada vez está menos presente Dios? ¿Cómo sentirse a gusto con un tiempo, en el que tantos, cada día más, se empeñan en darle por desaparecido? La Palabra de Dios viene en nuestra ayuda y nos recuerda que, incluso si nos sentimos un tanto dejados de la mano de Dios en este mundo actual, nos quedan razones para no desesperar y, sobre todo, tenemos tareas que llevar adelante, hasta que el Señor vuelva.

Después de la resurrección Jesús se entretuvo con los suyos durante algún tiempo; lo necesitaba para convencerles de que vivía realmente; y lo aprovechó para convivir con ellos y explicarles lo que le había sucedido a la luz de las promesas de Dios; compartiendo el pan y su saber, condujo a sus discípulos a la convicción de que estaba vivo; con Jesús Resucitado lograron superar sus miedos y su incertidumbre: es fácil imaginarse la alegría y el consuelo que

experimentaron. Pero el entusiasmo y la euforia de contar de nuevo con su Señor les iba a durar bien poco. Cuando apenas se habían acostumbrado a tenerle resucitado junto a ellos, Jesús les avisa que piensa dejarlos solos; promete que volverá, pero no dice cuándo ni cómo. La alegría de tener a Jesús les duró a sus discípulos sólo unos días. Su ausencia se nos ha prolongado por siglos, tantos como para que nos hayamos olvidado ya de que un día volverá: ¡veinte siglos son demasiado tiempo como para que sus discípulos no tengan motivos para sentirse algo abandonados! Como comunidad cristiana, seguimos viviendo la situación que inauguró la ascensión de Jesús al cielo. ¿Hay, realmente, motivos para celebrar nuestra soledad o, mejor, tenemos razones para permanecer fieles a un Señor que 'está sentado a la derecha del Padre'?

Ciertamente, sí. El evangelio nos ofrece dos: nos ha dejado, sí, pero, bien ocupados. Y lo ha hecho, estrenando esa soberanía absoluta que Dios le ha concedido resucitándolo de entre los muertos. Quien tiene el mundo como quehacer, no dispone de tiempo para lamentar su soledad. Mientras haya uno solo pueblo que no haya escuchado y aprendido lo que Él enseñó, hay motivos, y urgencia, para obedecerle. Porque, hay que aceptarlo, la misión no es quehacer que nosotros nos damos, porque queremos ocupar el tiempo y nuestras vidas; la evangelización del mundo fue, y sigue siendo hoy, práctica de la obediencia que debemos a nuestro Señor. El discípulo de Cristo no se encuentra en el mundo como para contemplarlo, sino para conquistarlo, no es casa donde habitar, sino escuela de aprendizaje. No debemos, por tanto, mantenernos en la tierra con los ojos sólo puestos en el cielo, sin interesarnos por nada de cuanto en ella acontece, como si no tuviera nada que ver ya con nuestra esperanza. De poco sirve fijar la atención en el cielo, donde hoy está Jesús Resucitado, si nos desentendemos de la tierra, a donde regresará Jesús para encontrarnos un día: por desgracia el reproche que los primeros discípulos de Jesús recibieron el día de la Ascensión sigue siendo válido hoy para nosotros; seguimos ahí plantados, mirando al cielo, sin hacer apenas nada en la tierra por mejorarla.

No es así como se espera al Señor que ha de venir, ni es como se le echa en falta a quien nos ha dejado una tarea hasta que vuelva. Jesús no hizo sólo promesas, cuando ascendió al cielo; se comprometió en volver él y comprometió a cuantos le esperasen: "id y haced discípulos de todos los pueblos". Jesús no nos dejó solos, desatendidos, porque se fuera de la tierra, sino porque nos dejó una tarea que atender: nos ha dejado el mundo por evangelizar como quehacer, nos ha mandado hacer del mundo una escuela de su voluntad y de los pueblos discípulos suyos.

Y porque hay todavía tanto que hacer, dos mil años después de su mandato, no resulta excusable seguir perdiendo el tiempo, aunque lo llenásemos mirando al cielo: fijar mente y corazón, ojos y atención, en el cielo, donde Dios está, no nos hará mejores discípulos de Jesús; debemos mirar hacia adelante, a los hombres que comparten nuestra vida y la tierra, pero no comparten nuestra dicha ni nuestra fe, esos hombres que encontramos a diario y que no encuentran un sentido a su vida, esos jóvenes de los que desconfiamos sólo porque no hemos logrado obtener su confianza, esos niños a los que, además de vida y educación, hemos de dar la fe y motivos para su fidelidad a Dios.

Mientras Jesús no vuelva, no tenemos derecho para intentar salvarnos nosotros solos, fijándonos en nuestro cielo particular y desentendiéndonos de la tierra; Jesús, que se ha comprometido en volver, nos ha prescrito el modo de esperarle: el tiempo de la espera hay que llenarlo de trabajo misionero; sólo los ojos del que se esfuerza por ganar la tierra para Cristo merecerán ver a su Señor cuando vuelva. El discípulo de Jesús no vive para sí solo, ni tampoco sólo para Dios; mientras esté en el mundo, tendrá al mundo como quehacer, deberá hacerle discípulo de su Señor para que el Señor lo pueda considerar discípulo fiel; no es la fe que se ha mantenido sólo porque no se ha arriesgado, sino la que se ha multiplicado, haciendo nuevos discípulos, la que contará con la aprobación del Señor que ha de volver.

No hay otra forma de ser hoy sus testigos. Puede que Jesús nos falte mucho, puede ser que sintamos a veces nostalgia de él; pero si no desertamos de la misión que nos ha confiado, al darnos el mundo como límite de nuestro esfuerzo evangelizador, Él ha empeñado su palabra en estar entre nosotros; tenemos a Cristo comprometido en no abandonarnos, siempre que vivamos comprometidos con su misión. Deberíamos tenerlo en cuenta.

III. ORAR: *desear que se realice en mi lo que he escuchado*

Curioso, Señor, que mandaras al mundo como tus enviados a los discípulos que fueron a donde tu les dijiste. Antes de ser apóstoles, tuvieron que ser obedientes. ¿No será por eso que no siempre consigo yo sentirme tu enviado? ¿No será que no me encuentras donde te esperabas que estuviera por lo que no me envías con tu poder y tu evangelio al mundo? Dame la obediencia que me pides para poder ir adonde me envíes.

Curioso me resulta también, Señor, que te decidas a enviar al mundo a tus representantes porque sabes que tienes ese poder. Tus apóstoles desparramados por el mundo son la prueba de tu señorío. Saberme enviado por ti es saberte Señor mío y del mundo. Si mi misión es fruto de tu poder, ¿por qué tener tanto miedo al mundo? Si gracias a tu mandato he de hacer del mundo 'escuela de tu evangelio', ¿por qué pongo tanta resistencia? ¿No me creo que cuentas conmigo o no te creo que eres Señor de todo lo creado?